

CAPITULO V.

Bella conducta de San Francisco de Sales en la guerra del Piamonte. Publica su tratado del Amor de Dios. Predica dos advientos y Cuaresma en Grenoble. Pierde al baron y la baronesa de Thorens, y dos de sus mejores amigos. Convierte á un pecador desesperado. Carta á Paulo V y á Luis XIII.

(De 1616 á 1618.)

Si los sufrimientos de los particulares afligian tanto el alma sensible del Obispo de Ginebra como lo hemos visto repetidas veces en esta historia, las calamidades públicas pesaban mas aún sobre su corazon; vió con un dolor profundo que el Duque de Saboya, ayudado por la Francia, declaraba la guerra al Duque de Mantua, apoyado por la España, para arrebatarle el ducado de Montferrat, al que pretendia tener derechos (1). Esta reunion de tropas indígenas y extranjeras llevaba consigo no solo el azote de la guerra, sino tambien la corrupcion de las costumbres, y hacia el asunto continuo de sus gemidos ante Dios y los hombres. No contento con levantar las manos al cielo y pedir todos los dias en particular, ordenó oraciones públicas, con esposicion del Santísimo Sacramento, en toda su diócesis, é invitó á su pueblo á aplacar, con una vida mejor, la ira del cielo, que envia los azotes sobre la tierra para castigar á los habitantes culpables. Esta guerra empezada por la ambicion, se complicó de una manera terrible por la venganza y la rebelion. El Duque de Nemours, descontento del Duque de Saboya, que haciéndole esperar la mano de una de sus hijas, le habia impedido casarse con Ana de Lorena, hija del Duque de Aumale y habia faltado luego á su palabra, se dejó ganar por los españoles, que le indujeron á rebelarse, instándole á que se apode-

(1) Deposition de Bonard y de Myncet.

rarse de la autoridad suprema en todo el ducado de Ginebra, y prometiéndole para ello los socorros necesarios en hombres y dinero (1). En su consecuencia hubo varios movimientos de tropas con este fin; gran número de hugonotes se unieron á los rebeldes, y se intentó el sitio de Annecy. Toda la ciudad estaba en la mayor consternacion; solo el Obispo poseía su alma en paz y tranquilizaba á su pueblo, prometiéndole que todos estos preparativos de guerra se desvanecerian como el humo.

Estas buenas palabras no podian calmar el espanto general. «Si llegan á tomar la ciudad, le decian, sereis el primero de quien se apoderarán los herejes; saquearán vuestro palacio y os harán sentir todo su furor: ocultaos y poned en seguridad lo que tengais de mas precioso.—» No, hijos míos, les contestó con un semblante sereno, ni me ocultaré, ni me separaré de vosotros; no creo que me quieran menos que á los demás, y si es preciso, sufriré con vosotros. Con la ayuda de Dios, cumpliré siempre con mi deber; si tocan á Vísperas, iré á ellas; si hay negocios que despachar, lo haré; si toman la ciudad por asalto y quieren hacerme mal, estoy en las manos de la divina Providencia. Por lo demás, añadió para alentar el ánimo abatido de su pueblo, tened confianza, no os harán ningun mal, yo salgo garante de ello.» En efecto, al cabo de tres dias los enemigos levantaron el sitio (2), y el Príncipe del Piamonte se dirigió á toda prisa á Annecy con tropas numerosas para prevenir un nuevo ataque.

Fué alojado en el palacio episcopal, y Francisco, siempre ocupado de las cosas de su ministerio, aprovechó esta ocasion para presentarle, sobre la reforma de las comunidades religiosas de ambos sexos, un memorial en el que brillan igualmente su sabiduría y su celo. La licencia de las guerras habia introducido en muchas de estas comunidades la relajacion y el desórden, y estando varios reli-

(1) Carlos Aug., p. 472.

(2) Idem, p. 472 y 473.

giosos y religiosas que las habitaban unidos por el parentesco con los señores del país, la autoridad eclesiástica no podía hacerlos entrar en su deber sin suscitar poderosas oposiciones. Para remediar un mal tan difícil de curar, el sabio reformador, que creyó no se podía hacer menos que acudir á la mas alta autoridad de la Iglesia, propuso al Príncipe solicitar, por medio de su embajador cerca de la Santa Sede, el nombramiento de una comision encargada de deliberar sobre las medidas que convendria tomar, y revestida de los poderes necesarios para ponerlas en ejecucion. Esta comision deberia: 1.º Separar enteramente de los monasterios los abades y priores comendatarios, fijando las rentas á que tuvieran opcion, de modo que en lo sucesivo no hubiera mas querellas escandalosas con ese motivo, dejando una perfecta libertad, tanto á los superiores para el gobierno y reforma de sus casas, como á las comunidades para la eleccion cada trienio de sus superiores. 2.º Retirar de los campos algunas comunidades poco numerosas y trasportarlas á las ciudades, donde, siendo en mayor número y reunidas segun la necesidad, podrian observar mejor sus reglas y hacer un servicio regular. 3.º Eliminar de algunos monasterios los religiosos que no quisieran someterse á la reforma y reemplazarlos con otros mas edificantes. 4.º Hacer observar, especialmente en los monasterios de religiosas, los reglamentos trazados por el Concilio de Trento (1). El Príncipe acogió muy bien este proyecto, y prometió emplear todo su crédito para que tuviera efecto.

Comprendia sin embargo Francisco, que la verdadera reforma no se hace por la autoridad del que manda, sino por el cambio del corazon que se determina á amar á Dios y á servirle con abnegacion. Con esta mira habia empezado en 1614 á escribir un *Tratado del amor de Dios*, que meditaba hacia tiempo. «Voy á empezar el libro del *Amor*

(1) Opusc., p. 440.—Carlos Aug., p. 473 y sig.

»de Dios, escribia á la Madre de Chantal (1), y procuraré »escribir tanto sobre mi corazon como sobre el papel.» Habia, en efecto, consagrado á esta composicion todo el tiempo que podia economizar durante el dia, ó tomar por la mañana y la noche á espensas de su sueño. Durante este trabajo, sentia tan profundamente lo que escribia, que á pesar suyo lágrimas de amor corrian sobre el papel, y á menudo se veia obligado á interrumpirlo para llorar mas abundantemente (2). El 25 de marzo, al volver de las Vísperas, cuando se preparaba á escribir, meditando de rodillas delante de su reclinatorio sobre la grandeza del amor que habia inclinado al Verbo Eterno á unirse con la naturaleza humana en el misterio de la Encarnacion, vió en espíritu la infinita bondad con que el Hijo de Dios habia pasado del seno del Padre al de la Virgen; y fué tal la suavidad celestial que acompañó á este éstasis, que cayó sin conocimiento. Queriendo su corazon corresponder á un amor tan grande, se escitaba á amar cuanto le era posible, y hubiera querido tener en su pecho todo el amor del cielo; el espíritu de Dios, que es todo caridad, correspondiendo á sus deseos, se comunicó á él con una abundancia que se manifestó esteriormente con señales sensibles. Así como Dios en otro tiempo representó la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles con lenguas de fuego, hizo caer sobre el santo Obispo un globo inflamado, el cual, dividiéndose en pequeñas llamas, le rodeó por todas partes sin quemar sus vestidos, y dejó su rostro resplandeciente como un astro, mientras que su corazon estaba interiormente abrasado de amor (3).

Acababa de desaparecer este fenómeno, cuando entró

(1) Carta DCXLII.

(2) Con frecuencia, dice el P. la Riviere (lib. IV, c. XLIV, ad finem) volviendo á leer los capítulos que habia acabado se sentia inundado de tantas dulzuras y delicias, que á fuerza de ternura de corazon las lágrimas caian de sus ojos y lloraba como un niño; y esto lo declaró él mismo á Mr. Vicente, que me lo ha contado.

(3) Dep. del canónigo Gard, de Francisco Favre y otros varios.

Luis de Sales, que tenia costumbre de ir todas las noches antes de cenar para hablar algunos momentos con él.

Viendo su rostro todo inflamado, se asustó creyéndole enfermo y quiso llamar á los criados. «No, hermano mio, »dijo el santo Obispo, no llameis á nadie, porque es un »secreto del Señor.» Entonces le contó, temblando aún en todos sus miembros, lo que habia ocurrido; luego continuó su meditacion, prefiriendo dejar á su corazon saborear las dulzuras del amor divino que tomar el alimento acostumbrado. Para memoria de este favor celestial, la cámara quedó, por mucho tiempo despues de su muerte, en veneracion como un lugar santo; y él mismo escribió en el libro que llevaba siempre consigo estas palabras: *Die vigesima quinta Martii; hodie servum suum Franciscum misericorditer visitare dignatus est Dominus*; es decir: «Hoy, »25 de marzo, el Señor se ha dignado en su misericordia, »visitar á su siervo Francisco.» Desde este dia tuvo lugar en el alma de Luis de Sales un sentimiento particular de veneracion á su santo hermano; y no le miraba ya sino con una devocion profunda, como un hombre en quien habitaba el Espíritu Santo. Cuando obtenia la comunicacion de sus escritos sobre el amor de Dios, los leia de rodillas, preparándose á esta lectura con la oracion, y á menudo con la santa Comunión; y sacaba tanto fruto, que al terminarla parecia él mismo inflamado en el amor divino.

Entretanto, Francisco deseaba vivamente terminar su trabajo. «Hago lo que puedo por el libro (1), escribe á la »santa Madre de Chantal, y es para mí un martirio grande no poder disponer del tiempo que se requiere.» A medida que componia, comunicaba su manuscrito al Señor de Sainte-Catherine, canónigo de la catedral, á varios eclesiásticos distinguidos por su mérito y á su hermano Luis, rogándoles le hicieran sus observaciones, para cambiar, borrar ó añadir, como juzgaran mas conveniente. Algunas veces tambien leia algunos capítulos á los que

(1) Carta CCGXXIV.

iban á verle para edificarlos; y el Señor Favre de la Valbonne contaba, que habiendo sido atacado de una melancolia profunda, se habia curado enteramente por la lectura de dos ó tres capítulos que le habia hecho el santo Obispo. Pero sobre todo queria hacerlo examinar por los maestros de la ciencia. «Presentad, escribe á Miguel Favre su capellan, que se encontraba entonces en Lyon (1), »nuestros pobres cuadernos á los pies de Monseñor de »Marquemont, si tiene lugar de aplicarse á esa lectura; »si no los entregareis á Mr. Deville, doctor en Teología, »encargado para la aprobacion de los libros; y segun su »parecer lo presentareis á Mr. Lafarge, vicario general, y »á otros doctores; porque me reconozco lleno de faltas: »además, tengo poco tiempo para revisar mis pequeñas »obras. Ruego y deseo que sean vistos despacio y caritativamente examinados por los doctos.»

Despues de todas estas precauciones inspiradas por la humildad y el celo de la exactitud doctrinal, dió, en los primeros meses de 1616, su manuscrito á la prensa, y el último dia de julio terminó la impresion, aunque poco felizmente; «porque, dice el autor con su ingénuo humildad, el impresor ha cometido algunas faltas en esta obra »y yo varias imperfecciones: si se quiere encontrar algo »perfecto en este mundo, no deben buscarlo en mi tienda.»

Este libro produjo en todas partes una sensacion profunda; el General de los Cartujos, que despues de haber leído la *Introduccion á la vida devota* habia aconsejado al autor no escribiese mas, para no decaer del alto punto á que se habia elevado, le escribió, despues de haber leído este tratado, que no cesase de escribir. Los Jesuitas y la Sorbona proclamaron que, por esta obra, el autor se habia colocado á la altura de los Agustinos, Gerónimos, Ambrosios y Gregorios. Jacobo, Rey de Inglaterra, que tanto habia alabado, á pesar de ser hereje, la *Introduccion á la vida devota*, celebró en términos mas magníficos aún el

(1) Año Santo de la Visitacion, 20 de mayo.

mérito de este nuevo libro. En su admiracion, desafió á los Obispos anglicanos á escribir algo que se pareciera, y á saber hablar como el Obispo de Ginebra, el lenguaje del cielo y de la tierra. «¡Oh, bien quisiera, exclamó, ver al »autor de este escrito angélico! Debe ser un gran personaje.» Refirieron al santo Obispo estas palabras, y lejos de buscar en ellas una satisfaccion á su vanidad, su corazon, absorto enteramente por el amor de Dios, exhaló este grito de celo apostólico: «¡Oh, quién me diera alas como de paloma, y volaria á buscar á ese rey en esa bella isla, en otro tiempo tierra de los santos, hoy dominio del error! »Vive Dios que he de ir si mi príncipe me lo permite, á esa nueva Ninive, hablaré á ese rey, y le predicaré la »verdad con peligro de mi vida.» (1) Sentimientos que ciertamente no eran pasajeros en él, porque jamás los nombres de los Anselmos, Tomases, Eduardos y tantos otros santos personajes que la Inglaterra ha producido, se presentaban á su pensamiento sin que suspirara ardientemente por su conversion.

Aunque el rey de Inglaterra apreciaba tanto el *Tratado del amor de Dios*, todos no lo apreciaban lo mismo; y dos críticas atacaron á esta obra. La primera la declaraba demasiado teológica y metafísica para estar al alcance de la mayor parte de los lectores, en lo cual el mismo autor conviene cuando dice en su prólogo: «Si solo hubiera escrito »para las personas que no gustan sino de la práctica del »santo amor, hubiera podido suprimir los cuatro primeros »libros y algunos capitulos de los siguientes.» La segunda crítica versaba sobre algunas comparaciones y espresiones un poco libres empleadas por el autor, sobre todo en los capitulos IX y X del primer libro (2). Su alma angélica estaba demasiado lejos del amor profano para sospechar siquiera las peligrosas impresiones que podrian producir en las almas terrenas las comparaciones que saca,

(1) M. de Maupas, p. 332.

(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. III, sec. XIV.

con el fin de hacer comprender el amor sobrenatural de Dios.

Pero á pesar de estas dos críticas, que creemos mas aplicables hoy que entonces, porque á un siglo menos instruido en las cosas divinas conviene un discurso menos elevado; á una época mas corrompida, dispuesta á pensar facilmente el mal, conviene un lenguaje mas casto, se puede decir que el *Tratado del amor de Dios* es una obra maestra. El autor empieza por reflexiones preliminares en las cuales demuestra que la voluntad dirige todas nuestras potencias y pasiones; que el amor de Dios no puede existir en un alma sino con la condicion de dominar en ella sobre todo otro amor, queriendo *ser rey ó nada, no pudiendo vivir sino reina, ni reinar sino soberanamente*; y que siendo Dios bondad infinita, el corazon humano tiene una inclinacion natural á amarle sobre todo, aunque sin poderlo hacer, sin embargo, sino con ayuda de la gracia. Despues de estas nociones que ocupan todo el primer libro, el autor entra en materia; y haciéndose el historiador del amor divino, cuenta su nacimiento, progresos y decadencia. Los principios regeneradores de este amor son las perfecciones infinitas de Dios consideradas en sí mismas; los beneficios de su mano liberal, siendo los principales la creacion, la conservacion y la redencion; las inspiraciones de la gracia, que nos mueven á amar, dejándonos no obstante en libertad de no amar; la fe, la esperanza, el recuerdo de nuestras faltas y los dulces atractivos de Jesucristo. El amor formado en el corazon por estos principios es, hasta el último suspiro, susceptible de aumento con las buenas obras, aun las mas pequeñas, por la accion de Dios siempre presente en el fondo del alma que ama; y allí el docto historiador del amor divino revela la escelencia del don de perseverancia, la dicha de morir en la caridad; despues de lo cual, siguiendo el amor hasta el cielo, lo demuestra beatificando á todos los santos por la clara vision de Dios Padre, del Verbo engendrado y del Espíritu Santo, amor sustancial que une al Padre con el

Hijo. Pero desgraciadamente, en esta vida el amor no sigue siempre esta senda progresiva, y á veces el hombre deja á Dios por la criatura; los objetos sensibles le reducen y arrastran; y cuando todo debería llevarle á Dios, todo sirve por el contrario para separarle de él. Por esto el historiador del amor divino retiene su decadencia y su tibieza, triste fruto de la inconstancia de nuestra voluntad, de nuestra debilidad en las tentaciones, de nuestra miseria profunda, que no puede amar sino cuando Dios nos hace amar.

Aquí termina la historia del amor divino con el cuarto libro. Los cinco siguientes están consagrados á describir los ejercicios ó la práctica de este amor. El primer ejercicio es la complacencia ó compasion; la complacencia, por la cual el alma se alegra de ver al Dios que ama, tan bello, tan perfecto, tan amable; la compasion, por la cual compadece los sufrimientos de Jesucristo en su passion, y se aflige del ultraje que el pecado ha hecho á Dios. El segundo ejercicio es la benevolencia, que desea que Dios sea conocido, amado y servido por todas las criaturas, que suspira por el cielo para amarle sin interrupcion y verle amado por todos los corazones; que se une con transporte á las alabanzas que Dios se da á sí mismo. De ahí el piadoso autor pasa al tercer ejercicio del amor, que es la oracion: recorre los diversos grados, la meditacion, la contemplacion ó el reposo en Dios, los raptos y éstasis con los desfallecidos, los transportes y heridas del amor; y añade como último ejercicio la union de nuestra voluntad con la de Dios por la obediencia á sus mandamientos, á sus consejos, á sus inspiraciones, y por la indiferencia á todo lo que sea de su beneplácito, sea lo que quiera. En ninguna parte es mas admirable el autor que en este último punto, que forma el asunto del octavo y noveno libro. Allí se ve el amor en su apogeo, queriendo todo lo que Dios quiere que ame y no queriendo otra cosa, contento en inmolese para que Dios esté todo en él. Despues de estas suaves y bellas consideraciones, el autor, en los tres

últimos libros, examina el mandamiento del amor divino, y hace ver su excelencia, sus efectos y sus caracteres, y da avisos para progresar en él.

Tal es el análisis rápido de este bello tratado, fruto de veinticuatro años de predicacion, segun la espresion del mismo autor, y de un estudio tan profundo que catorce líneas de este libro, decia á Mr. de Belley, le habian costado la lectura de mas de doscientas páginas en folio (1). Trata en él las cuestiones de teología mas espinosas y mas oscuras, como son: la gracia eficaz, la predestinacion, el principio de la fe; pero convierte estas espinas en flores con la precision de sus esplicaciones, revestidas del estilo mas gracioso; aclara estas oscuridades con las luces de una sana teología, la lucidez de sus apreciaciones y la exactitud y precision de su doctrina. Quita á las cuestiones escolásticas toda su sequedad con su estilo grato que brilla en todas partes; siembra el atractivo en todo lo que dice, con su imaginacion florida, que personifica hasta los objetos mas espirituales; con sus comparaciones y rasgos históricos, sacados frecuentemente de la Biblia y aplicados con tanta precision como gracia; pero sobre todo con el sentimiento de la mas tierna piedad que anima y vivifica todo, y hace de este libro mas bien un producto de su corazon que un trabajo de su entendimiento. ¡Cosa notable! esta composicion, á pesar de ser figurada y florida, es sin embargo muy sencilla; la fecundidad del genio y de la imaginacion del autor no le apartan nunca de lo natural; los ornamentos se presentan á su pluma sin ser buscados; es la elocuencia ingénu, la amable sencillez de un corazon que no dice mas que lo que siente; que se retrata sin querer; que encuentra en los asuntos mas usados bellezas desconocidas, pero tan naturales, que se sorprende de no haberlas descubierto antes. Tal es el *Tratado del amor de Dios*. El autor al componerlo habia desarrollado mucho mas ámpliamente su asunto; pero al imprimirlo, suprimió

(1) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. III, s. XV.

mas de la mitad (1), bello ejemplo dado á los autores que, idólatras de sus escritos, no saben limitarse á lo que es conveniente y hacer el sacrificio de lo demás.

Entre tanto, lo que la fama publicaba del Obispo de Ginebra hizo concebir al parlamento del Delfinado el deseo de oír su elocuente palabra, y le invitó á que fuese á predicar á Grenoble el Adviento de 1616 y la Cuaresma de 1617. Despues de haber pedido el consentimiento del Duque de Saboya, aceptó la invitacion, y el dia convenido se dirigió á Grenoble, acompañado de dos consejeros que habia diputado el parlamento para que le hiciesen los honores. Durante esta mision su vida fué la de un apostol, ganando todos los corazones con su dulzura, su cortesía y sus ejemplos; y para aprovecharse del respeto y confianza que le demostraban, no perdonaba fatiga ni economizaba sus fuerzas, consagrándose enteramente á regenerar esta ciudad, predicando todos los dias, oyendo en confesion ó en conferencias particulares á los que querian recurrir á él, visitando y animando al fervor á las comunidades religiosas. Como el tiempo del Adviento esta destinado á honrar el misterio del Verbo encarnado en el seno de María, tomó por materia de sus sermones las palabras del ángel, que habia venido á anunciar á María este gran misterio, y el *Ave María* bastó para toda la mision. Cada dia comentaba algunas palabras con un corazon abrasado en el deseo de hacer conocer y amar á Jesus á María, y no se puede decir los felices resultados que produjeron estas instrucciones (2).

El Mariscal de Lesdiguières, que mandaba entonces en jefe en el Delfinado, no pudo resistir, aunque calvinista, á la curiosidad de ir á oír á un predicador de quien todo el mundo hablaba con entusiasmo. Despues de haberle oído quiso oírlo de nuevo, y fué de los mas asíduos á sus sermones.

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. III, sec. XV.

(2) Dep. de Baylag.

Movido de la gracia, deseó tener con el santo apóstol una conferencia particular. La mision de Francisco en esta circunstancia era delicada, porque se trataba mas de atraer al Mariscal á la virtud, haciéndole romper un lazo culpable con una mujer arrebatada á su marido, que de ganarle á la verdad por la fuerza de los razonamientos; pero el santo apóstol empleó tanto tacto y prudencia, tanta constancia y energía, que dijo sin herirle todo lo que era necesario decir; y cuando al retirarse, despues de cuatro horas de conferencia, le pidió perdon por las palabras con que hubiera podido desagradarle contra su intencion: «No, Monseñor, contestó el Mariscal, no habeis dicho nada que no esté bien; reflexionaré y pensaré todo con la madurez que pide un negocio tan grave.» El Mariscal desde este tiempo permaneció unido á Francisco, le invitó con frecuencia á su mesa, fué á visitarle, y en todas ocasiones hablaba de él con el mayor elogio, proclamando que merecia ser amado, estimado y admirado de todo el mundo (1).

Esta conducta del Mariscal alarmó á los ministros, tanto mas cuanto que muchos de su partido iban á oír los sermones del santo Obispo, y salian llenos de veneracion hácia el predicador y su doctrina. Resolvieron pues hacerle algunas observaciones sobre un modo de proceder que tanto perjudicaba á su partido. El Mariscal, informado de este designio, les hizo decir que si iban á visitarle como amigos ó para hablarle de algun negocio, los recibiría gustoso; pero que si se permitian hacerle demostraciones de otro género, podian estar seguros de que entrando por la puerta saldrían por la ventana.

No pudiendo pues hablarle por sí mismos, hicieron le hablase uno de los principales señores de la provincia. «Decid á esos señores, contestó el Mariscal, que tengo edad suficiente para saber lo que debo hacer. Son compañeros demasiado jóvenes y pequeños para enseñar á un

(1) Carlos Aug., p. 494.